

LA VIDA AFRICANA

El juego, no el esfuerzo, es lo que importa.

CHANTAL MAILLARD, *Filosofía en los días críticos*



Un pueblo que no va en metro.

Un pueblo que, sin embargo, quiere ir en metro.

En Kansas City, Estado de Kansas, Estados Unidos, vi una vez aparcado un Seat 1430 de color café con leche. Ahora vivo en otra ciudad pero el coche sigue ahí. Lo tengo en mi memoria. Me pertenece.

Hoy es 11 de agosto y hace quince años que nos conocemos. Yo tenía catorce y él veintiuno. Una distancia abisal. Como entre un zorzal y una ballena.

Esta mañana, en la Avenida Ocho de Marzo, Cerro del Águila, Sevilla, hemos reducido esa distancia al mínimo. Nos hemos besado con bolsas de plástico en las manos. Las manos muertas. Las manos no se besan.

Son las once y media de la mañana y la temperatura es de 36°. Y subiendo. Vista desde el sillín de la moto, la Avenida Ocho de Marzo podría ser cualquier avenida de Santa Mónica, California. En mi memoria le doy al *Guardar como...* Palmeras veloces. El aire en contra arde en los brazos y hace reverberar el asfalto: la auténtica flama de agosto.

Acto seguido, hemos guardado la moto en el local, soltado las bolsas encima de la mesa de la cocina y nos hemos acostado.

«Desde la cama, veo largas avenidas levantadas esperando la señal del tren correo». Cierro el libro, lo miro dormir y volvemos a empezar.

La relampagueante actividad que provoca un aviso de bomba. La fragilidad de un castillo de mondadientes.

Todo acaba de suceder en este cuarto, donde, como escribió Heinrich Böll, acabamos de reinventar el teorema de Pitágoras y la ley de la refracción de la luz por la cual todos —salvo los ciegos— vemos los colores.

Gran silencio interrogante. Quince años. Años mozos sin pan, el que nos correspondía.

«Líquenes bajo la piedra fueron hallados esta mañana después de que el primer mondadientes ardiendo diera acción al temporizador de la bomba casera encontrada en el vestíbulo de la estación. Lo primero que ardió fue el colchón de un vagabundo. Después, la estación al completo ha restallado en un destrozo inaudito. Veinte demoliciones juntas incidiendo sobre un mismo punto. Un túnel es una trampa».

Cerramos otra vez a tiempo el libro. El sudor corre como agua.

Ahora, comiendo algo y como hicieran los padres de Bergman en *Las mejores intenciones*, hablamos de los defectos. Tenemos que conocerlos para continuar con lo del pan y nuestra historia.

Yo, tomando el papel del padre, le hablo de mi confusión, de mi incapacidad para discernir en rango la importancia de los detalles y la idea principal de las cosas, de los hechos. Le hablo de orgullo, de pasividad y de inconsciencia.

Él no se muestra tan resuelto. Es normal, ni siquiera ha visto *Las mejores intenciones*. Me habla de una chica. Eso es más que un escollo.

Pero no todos los días se redescubre el teorema de Pitágoras.

—Se fue a vivir a Kansas City.

No sé si se refiere a la avenida o a la ciudad. Inmediatamente recuerdo el precioso coche color café.

—Viene una vez al mes. Pero esto lo cambia todo.

No sé si se refiere a nuestro teorema o a la frecuencia con la que ve a su novia.

—¿Es tu novia?

—Lo ha sido.

Primer defecto: gusta de circunloquios. La imagino a ella conduciendo el Seat 1430 color café. Llega hasta la mismísima Avenida Ocho de Marzo, acelera bajo las palmeras, entrando a la ciudad desde el aeropuerto. Un desvío por obras le hace girar a la derecha, girar a la derecha, girar a la derecha.

—Necesito tiempo.

El tópico me hunde. Recuerdo el horror que conlleva la fórmula de los catetos, el horror de la evidencia. Pienso en Pitágoras obligando a escuchar el cielo a sus discípulos.

Me levanto, cojo las bolsas. Si llego antes de las tres, encontraré el bar abierto. Y con tiempo para emborracharme. Mi capacidad de ilusión es proporcional a cierta frialdad instantánea.

—¿Te acompaño?

—San Fernando está cortada, llegaré mejor andando.

Salto las macetas y salgo del local. Por fin se puede respirar. ¿En virtud de qué queremos acortar distancias a gran velocidad? ¿Quién necesita la cercanía forzada? ¿Para qué queremos llegar más rápido?

Lo que es cierto es que la hipotenusa es correcta. El problema queda ahí, sobre la mesa. Y la historia de las matemáticas no se olvida a causa de unas palmeras. En todo caso, las bolsas no pesan tanto y mi casa no está tan lejos.